

## Acerca de *Mujeres en Veracruz*

Celia del Palacio M.  
Universidad Veracruzana  
celiadelp@yahoo.com.mx ◆

La historia tiene una deuda con las mujeres que son, todavía a estas alturas, las grandes ausentes de los recuentos históricos del bicentenario. Los acercamientos que han aparecido sobre el tema no son nunca suficientes y más bien esos pequeños rayos de luz hacen aún más patente la oscuridad reinante.

Es por eso que el segundo tomo de *Mujeres en Veracruz*, sobre los bien llamados “fragmentos de una historia”, es particularmente bienvenido ahora, cuando todavía las resacas del bicentenario no se han disipado del todo.

Suscribo totalmente las palabras de Félix Báez cuando asegura al principio de este volumen que “como resultado de renovados enfoques teóricos y conceptuales, la historia de las mujeres ha dejado de verse en blanco y negro; la nueva percepción implica matices de tiempo, espacio o conformación cultural”,<sup>1</sup> y en tal sentido se han dado en diversos lugares de México algunos acercamientos a las historias particulares de mujeres.<sup>2</sup>

Con el objetivo de acercarse a las veracruzanas “a través de los fragmentos de sus vidas, sus historias y las imágenes que de ellas fueron

Rosa María Spinoso Arcocha y  
Fernanda Núñez Becerra, *Mujeres en Veracruz*, t. II: *Fragmentos de una historia*, Xalapa, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, 2010, 273 pp.

<sup>1</sup> Félix Báez Jorge, “Presentación”, en *Mujeres en Veracruz*, t. II, s/p.

<sup>2</sup> Es el caso por ejemplo de las siguientes obras publicadas sólo en 2010: Margarita García Luna Ortega, *El vuelo de Minerva*, sobre las mujeres del Estado de México; Rosa María Valles, *Hermila Galindo, sol de libertad*, sobre una de las pioneras del feminismo en México, y desde la literatura el libro de Lilia Granillo, *Escribir como mujer entre hombres, historia de la poesía femenina mexicana en el siglo XIX*.

creadas”, aparece este segundo tomo, en el que quince investigadores (trece mujeres y dos hombres) abordan diversos aspectos del actuar femenino en el estado. Dividido en tres partes: subjetivación, creencia y movimiento, el libro no es sólo una historia de las mujeres (que lo es sin duda), sino también un retrato actual del hacer y pensar de las veracruzanas.

Con el título de la primera parte, “Subjetivación”, las coordinadoras pretenden “atribuir identidad y tornar en sujetos históricos a quienes nunca lo habían sido, en este caso a las mujeres en la historia de Veracruz”.<sup>3</sup> Encontramos aquí cinco capítulos que van desde la época prehispánica hasta mediados del siglo xx. En ellos, las mujeres aparecen en las piedras prehispánicas, en los periódicos y en los libros decimonónicos, así como en los movimientos sociales del siglo xx. Ya no son meros objetos de los que se dicen cosas, ellas en muchos casos escogieron sus propios nombres y se expresaron a través de hechos y palabras.

En el primer capítulo, “Dueñas del huso. Las mujeres en la época prehispánica”, la doctora Sara Ladrón de Guevara hace un recorrido por las representaciones de lo femenino en las culturas prehispánicas que vivieron en el actual estado de Veracruz basándose en las pruebas “que ofrecen las imágenes plasmadas en la escultura, en la cerámica y la pintura mural” (p.18) a lo largo de los tres horizontes históricos del periodo prehispánico: preclásico, clásico y posclásico. Logramos ver la importancia que tuvieron las mujeres en las culturas de Veracruz: desde la ausencia casi total en la estatuaria olmeca del preclásico, así como en otros sitios a lo largo y ancho de Veracruz, como El Tajín y las Higueras, hasta las representaciones de las mujeres muertas durante el parto, a quienes se veneraba como diosas (Cihuatetéotl) en el cementerio de El Zapotal. Al parecer, el predominio de los hombres en las imágenes prehispánicas responde a la distancia de las mujeres con respecto al ámbito del poder, mientras que en lo que toca a lo religioso hubo “una mayor apertura a la concepción de figuras femeninas no sólo poderosas, sino dignas de culto” (p. 26), tales como Tlazoltéotl (la diosa de las parturientas, la genitalidad, la suciedad), Chalchitlicue (esposa de Tláloc, la de la falda de agua, la fertilidad, la vegetación), Macuilxóchitl (la vegetación, la reproducción, la alegría, la fiesta).

Rosa María Spinoso aborda en el segundo capítulo la vida de Salomé Carranza, misterioso personaje de Tlacotalpan a quien no ha podido situarse claramente con datos biográficos concretos. Esta mujer prácticamente desconocida publicó tres colaboraciones en la revista *La Mujer*

<sup>3</sup> | Ver la “Introducción”, *Mujeres en Veracruz*, tomo II, p. 11.

*Moderna*, semanario dirigido por más de cuatro años (1915-1919) por Hermila Galindo, periodista y secretaria particular de Venustiano Carranza. Spinoso pretende descorrer el velo que ha pesado sobre la identidad de esta mujer, quien adoptó el nombre bíblico de Salomé, “figura femenina contestataria, negada y renegada por la Iglesia por imponer su voluntad y su poder” (p. 33), y nos habla de los tres textos que de ella se publicaron, todos a favor del feminismo. Las mujeres, afirmaba Salomé, deberían asumir el poder completo a fin de “emanciparse de la negrura de su destino” y, añade Spinoso, “hacer rodar cabezas” (p. 33). El primero de los artículos está firmado en Tlacotalpan, pero los dos siguientes –núm. 12 y 16, 20 de enero y 20 de febrero de 1916– ya fueron firmados en el puerto de Veracruz. Aunque no ha sido posible averiguar con certeza quién se escondía detrás de un seudónimo tan provocativo, los artículos fueron sin duda congruentes con la doctrina feminista y de apoyo al constitucionalismo que proclamó Hermila Galindo en su emblemática publicación y en los otros periódicos en que participó, por lo cual se ha llegado a pensar que Salomé Carranza es un seudónimo de Hermila Galindo. El reciente hallazgo de todos los números de *La Mujer Moderna* por parte de Rosa María Valles<sup>4</sup> sin duda proporcionará material para la búsqueda de la misteriosa Salomé Carranza en el futuro.

Heather Fowler, por su parte, nos cuenta la historia de una lideresa de escogedoras de café en Córdoba: Eufrosina Moya Magdaleno, otra mujer que eligió su propio nombre (Moya era el apellido del segundo marido de su madre, el cual ella adoptó como forma de legitimar su nacimiento) y que a través de su apodo pervive como leyenda: *la Negra Moya* llegó a ser lideresa del sindicato de las Obreras Escogedoras de Café de Córdoba entre 1930 y 1960. A través de la trayectoria de esta mulata Fowler nos muestra cómo se articularon “el género, el poder, la etnicidad, el sindicalismo y la ciudadanía en el México posrevolucionario” (p. 46). La investigadora analiza la historia de las mujeres de cierta clase y etnia en esta ciudad desde la colonia hasta el siglo xx, haciendo un paralelismo entre *la Mulata de Córdoba* y *la Negra Moya*. Así como *la Mulata* de la leyenda trasgredió todas las normas de su tiempo a través de la magia, *la Negra Moya* desafió las reglas raciales y de género de la clasista sociedad cordobesa casándose con un miembro de la mejor sociedad del lugar. Esta extraordinaria mujer se empoderó también por su pasión por las artes, y lejos de usar el poder sobre las trabajadoras, lo usó para luchar por justicia social.

<sup>4</sup> Véase Rosa María Valles, *Hermila Galindo, sol de libertad*, Durango, Gobierno del Estado de Durango–Universidad Autónoma de Hidalgo, 2010.

María de la Luz Lafarga Urrutia, escritora veracruzana nacida en Papantla, escogió para sí también un nombre distinto al suyo para expresarse a través de la palabra escrita: Lázara Meldiú. Esther Hernández Palacios analiza la vida y la obra de esta mujer que fue “miembro de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, maestra de banquillo, líder sindical y funcionaria de la Secretaría de Educación Pública en el periodo cardenista” (p. 67) y cuya obra poética puede dividirse en dos vertientes: “la que arenga a las multitudes y clama por una sociedad más justa y la dedicada a los niños” (p. 67). Escribió también la novela indigenista *Nacu Xanat*, donde denuncia el racismo y subraya la importancia de la mujer no sólo como madre, sino en otros papeles fuera del hogar, por ejemplo como soldadera de la revolución, como lo plasma en sus versos: “ardiente figura de los cuadros rojos / que pintó en la sierra la Revolución”.

A diferencia de las tres mujeres ya mencionadas, que eligieron su nombre público, las esposas del general Santa Anna, Inés García y Dolores Tosta, habrían de ser recuperadas por Araceli Medina Chávez con sus nombres verdaderos. Al igual que las anteriores, pocas veces han sido objeto de estudio de la historia y han permanecido, en la muerte como en la vida, a la sombra de su famoso marido: Antonio López de Santa Anna. En el capítulo dedicado a ellas aparecen por fin diferenciadas, a salvo del anonimato, aunque parcial, al que han sido sometidas hasta ahora. Araceli Medina hurgó en los archivos y la bibliografía especializada a fin de trazar las líneas que retrataran a estas dos mujeres y aunque por supuesto sus vidas y destinos estuvieron indefectiblemente unidos a los del caudillo (mientras que a Inés le tocó vivir el ascenso de Santa Anna, a Dolores le tocó vivir el esplendor, pero también el destierro y el odio hacia general), es posible a través de este capítulo vislumbrar rasgos propios, caracteres, voluntades, personalidades de dos de las mujeres menos conocidas de la historia de México.

Particularmente interesante me ha resultado recorrer la parte denominada “Creencia”, en la que las coordinadoras pretendieron ilustrar la “fe, convicción o ideología” que permitieron a las mujeres “actuar como lo hicieron” (p. 11). Partiendo de la colonia y hasta el siglo XXI, encontramos en las cuatro colaboraciones que forman este apartado las diferentes estrategias de trasgresión, los intentos de legitimación y adaptación de las mujeres a una sociedad que constantemente las marginó, a través de diversas creencias religiosas o paganas. Las mujeres recurrieron (y recurren) a la magia y otras creencias para resolver o adaptarse a situaciones sociales y personales que rebasan su control.

Llama la atención el trabajo de Fernanda Núñez y Guy Rozat, centrado en la muy particular historia de amor patológico, disfuncional o por lo me-

nos extraño para nuestro estándares actuales entre la atormentada Bárbara de Garay y su confesor Pedro de Ybarrarán, en una Xalapa colonial opresiva donde las oportunidades para las mujeres eran entre escasas y nulas. Esta mujer, proveniente de una familia no pudiente, fue considerada una “alucinada” y juzgada por la Santa Inquisición por las historias de raptos místicos y arrebatos de lujuria con que tenía pendiente de ella a su confesor, con el cual estableció una relación fuera de toda norma. Sin embargo, al ser juzgados ambos por la Inquisición, él fue exonerado y ella fue castigada.

Otra historia de trasgresión y empoderamiento de las mujeres –particularmente las de color– durante la colonia se explica en el capítulo “La magia del chocolate: hechiceras veracruzanas ante la Inquisición”, de Adriana Naveda y Rosa María Spinoso. En este texto se une el peligro que representa la mujer al de una bebida excitante y pecaminosa, por lo menos controvertida, como lo fue el chocolate, en el que según documentos de la época se diluían las pócimas y los encantamientos para las víctimas. Eran las mujeres, particularmente las de color, las más presentes en los documentos inquisitoriales como practicantes de brujería, adivinación y hechicería, quienes en realidad prestaban servicios a mujeres y hombres que buscaban una solución sobrenatural a problemas amorios o incluso de la vida cotidiana. La magia, como lo demuestran diversos autores,<sup>5</sup> fue una de las maneras en que las mujeres se atrevieron a rebelarse en contra del papel que se les había asignado en la rígida estructura colonial.

Hasta la actualidad sigue practicándose una serie de creencias en Xalapa, particularmente por las mujeres (hay incluso un grupo que se autonombra de “Brujas de Xalapa”). Isabel Lagarriga hace un seguimiento puntual del panorama religioso-esotérico de la región y descubre que estas prácticas *New Age*, relacionadas con la posmodernidad y en especial con la contracultura de la década de 1960, pretenden “rescatar el sagrado femenino”, buscar a través de la espiritualidad “la cara femenina de Dios” (p. 151) y van desde la Gran Fraternidad Universal, el *channelling*, el chamanismo, la astrología, diálogos con los ángeles, yoga y meditación, *reiki*, *feng shui*, hasta los movimientos de la mexicanidad. Todos ellos consideran que la región de Xalapa, en particular Coatepec y Xico, son lugares con un magnetismo especialmente propicio para tales prácticas.

<sup>5</sup> Ver, entre muchos otros, Gonzalo Aguirre Beltrán, *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, México, INI-SEP, 1963; Antonio García de León, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a sotavento, 1519-1821*, México, FCE, 2011; Adriana Naveda Chávez-Hita (coord.), *Pardos, mulatos y libertos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2000; Félix Báez-Jorge, *Las brujas nuestras de cada día*, Xalapa, IVEC, 1995.

Por su parte, Guadalupe Vargas hace un seguimiento de las peregrinas que año con año van al Santuario de Otatitlán, en el sur del estado, a pedir un año más de vida al Cristo Negro, identificado con las deidades prehispánicas, en particular con Tezcatlipoca. Vargas muestra cómo a través de esta práctica sincrética que tiene reglas estrictas, curiosamente relacionadas con otras prácticas mágicas,<sup>6</sup> las peregrinas piden a una fuerza sobrenatural la solución a sus problemas materiales y amorosos. A través de sus cartas de petición –tanto de buenaventura como de venganza– pueden vislumbrarse los problemas personales y sociales que estas mujeres enfrentan a diario: desempleo de los maridos, enfermos con padecimientos incurables, alcoholismo y drogadicción, maltrato intrafamiliar, misoginia e infidelidad.

Finalmente, en la última parte de este libro, titulada “Movimiento”, las coordinadoras agruparon las colaboraciones que hablan del propio movimiento, “ya fuese geográfico o al interior de sí mismas, implícito en sus idas y venidas, en sus viajes con o sin retorno, así como en sus motivaciones” (p. 11); ahí se documentan vidas de mujeres, desde el siglo XVIII hasta el XXI.

Víctor M. Macías González aborda la vida de Isabel Pesado y de la Llave, duquesa pontificia de Mier, una orizabeña cuya vida abarca dos terceras partes del siglo XIX y que, además de haber publicado poemas, fue una dama de sociedad que ya en la ciudad de México utilizó su riqueza y su poder para fomentar obras arquitectónicas y coleccionar monedas, libros y otros objetos que posteriormente donó a la nación. A la fecha existe aún la Fundación Mier y Pesado, en Orizaba, establecida por sus descendientes.

Adriana Gil Maroño rescata el diario de viaje de la marquesa de las Amarillas, esposa del virrey Agustín Ahumada y Villalón. Doña María Luisa del Rosario relata su viaje desde Cádiz hasta la Nueva España en 1755 y en ese testimonio podemos ver con los ojos de una mujer los usos y las costumbres de viaje de la época, y por supuesto las vicisitudes de los viajeros –en particular de las mujeres– a su arribo a Veracruz.

Las prácticas culturales de diversos grupos de mujeres migrantes son abordadas por María Luisa González Maroño, quien hace un estudio comparativo de las costumbres de francesas, alemanas, españolas y cubanas (sorprende la ausencia de las italianas, tan numerosas ya en el siglo XIX en el centro del estado) asentadas en Veracruz entre 1864 y 1880. Cómo vivían, cómo educaban a sus hijos, cuántas eran, a qué se dedicaban,

<sup>6</sup> Véase la curiosa descripción de las peregrinaciones del primer viernes de marzo en Álvaro Brizuela Absalón, *¿Por qué el primer viernes de marzo?*, Xalapa, IVEC, 1995.

son algunas de las preguntas que responde González Maroño; en las respuestas se dejan ver las diferencias culturales de las emigradas en su lucha por sobrevivir y preservar su cultura fuera de sus países de origen.

Quedarse también es otro viaje, y para hablar de las dificultades que enfrentan las esposas y las madres de los migrantes actuales Rocío Córdova Plaza y Ana Isabel Fontecilla Carbonell recurren a las entrevistas a mujeres de zonas rurales y urbanas de Veracruz que explican de qué manera les afecta a ellas y a sus familias el que sus maridos emprendan el viaje en busca de mejores oportunidades de vida. La necesidad de permanecer en el hogar del marido con la consiguiente pérdida de libertad, la permanencia en el propio hogar convirtiéndose en “padre y madre”, las limitaciones en sus movimientos, los asedios de otros hombres de la comunidad, los celos por parte del marido ausente, el cese en el envío de los recursos y, en muchas ocasiones, el abandono del marido, quien se busca otra mujer en el país de permanencia, son algunas de las consecuencias de la migración de los maridos que estas mujeres deben enfrentar.

Ya que este libro es un acercamiento más preciso al hacer y pensar de las mujeres como sujetos históricos en una región determinada, el estado de Veracruz, los autores han dejado claro que ni siquiera dentro del territorio estatal puede hablarse de regularidades o uniformidad. Por ello, “fragmentos de una historia” es sin duda el subtítulo más indicado para este magnífico libro que seguramente será una referencia para todo interesado en la historia de las mujeres en México, dada la calidad de las contribuciones, la belleza de las imágenes, el cuidado que se puso en la edición, así como por la cantidad de fuentes consultadas: archivos (de la Inquisición, parroquiales y notariales), diarios personales, hemerografía, estadísticas, exvotos, entrevistas, entre otros muchos. Esperamos que éste sea sólo uno más de los libros que vendrán, y que en otros estados de la República se emprendan con mayor ímpetu estas historias que saquen a la mujer del anonimato al que la historia oficial las ha condenado.